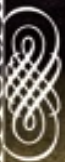


TOMÁS ÉLOY  
MARTÍNEZ

Lugar común  
la muerte

ALFAGUARA



ALFAGUARA



Tomás Eloy Martínez

Lugar común la muerte

# Índice

[Portada](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo a la primera edición](#)

[Treinta años después](#)

## [1. Eclipses](#)

[Perón sueña con la muerte](#)

[Cae la noche en Southampton](#)

[El profeta](#)

[El Cónsul](#)

[La adolescencia larga del poeta](#)

[Encuentros en una casa equivocada](#)

[Saint-John Perse desaparece](#)

[La salvación según Martin Buber](#)

[Fases lunares de Macedonio](#)

[Para que nadie olvide a Felisberto Hernández](#)

[Queríamos tanto a Pepe](#)

[El peregrino inmóvil](#)

[Manuel nunca dijo adiós](#)

[El rey Lear en Asunción](#)

## [2. Destrucciones](#)

[Los sobrevivientes de la bomba atómica](#)

[Si La Pastora cae](#)

[Viaje de muerte a La Rubiera](#)

## [Addenda](#)

[Addenda a “Saint-John Perse desaparece”](#)

[Addenda a “Para que nadie olvide a Felisberto Hernández”](#)

[Addenda a “Eclipses de Macedonio”](#)

[Addenda a “Los sobrevivientes de la bomba atómica”](#)

[Biografía](#)

[Créditos](#)

---

*Para Blas y Javier*

## Prólogo a la primera edición

Todos los textos de este libro fueron escritos para vivir un día o una semana, y perecer por olvido. Exhumarlos es una manera de aceptar sus propias leyes, que obedecen tanto a la imaginación como al documento. Las circunstancias a las que aluden estos fragmentos son veraces; recurrí a fuentes tan dispares como el testimonio personal, las cartas, las estadísticas, los libros de memorias, las noticias de los periódicos y las investigaciones de los historiadores. Pero los sentimientos y atenciones que les deparé componen una realidad que no es la de los hechos sino que corresponde, más bien, a los diversos humores de la escritura. ¿Cómo afirmar sin escrúpulos de conciencia que esa otra realidad no los altera?

Desconfié siempre del testigo neutral que se sitúa ante cada historia como si no hubiese en ella sombras ni dobleces y tiene la presunción de suponer que su versión es única. ¿Quién no ha visto en las páginas de *Time Magazine*, tan adictas a los dogmas de la impersonalidad y el distanciamiento, yacer más ruinas de verdades que en los dormitorios de los amantes?

Hace ya tiempo descubrí, no sin sorpresa, que los azares del periodismo me acercaban con persistencia al tema de la muerte. Hacia 1965 advertí, en Hiroshima y Nagasaki, que un hombre puede morir indefinidamente, y que la muerte es una sucesión, no un fin.

Años más tarde la conocí como un desafío a la omnipotencia del cuerpo: Macedonio Fernández, para quien el cuerpo era una metáfora de la que no lograba desasirse, triunfó sobre él mediante una paciente labor de ocultamiento; Felisberto Hernández, que había atribuido a cada parte del cuerpo una vida separada, sólo pudo superarlo cuando se atrevió a manifestarlo por entero, de una manera excesiva. De otros maestros —Buber, Saint-John Perse— aprendí que no hay cuerpo ni muerte, y que el encono contra ellos es estéril, porque en la eternidad todos los hombres son uno, o ninguno.

No son esos conocimientos, sin embargo, los que suscitaron este libro, sino el sospechoso abuso con que la muerte me aturdí. Desde 1975, todo mi país se transfiguró en una sola muerte numerosa que al principio pareció intolerable y que luego fue aceptada con indiferencia y hasta olvido. Así lo perdimos.

Siempre creí que, entre las vanas distracciones del individuo, ninguna es tan torpe como el afán de propiedad. Somos de las pasiones, no ellas de nosotros. ¿En nombre de qué fatuidad, entonces, pretendemos ser los dueños de una cosa? Concedí que la muerte era, como la salvación o la tortura, un privilegio individual. Ahora sé que ni siquiera ese lugar común nos pertenece.

Caracas, 1978

## Treinta años después

Todas las escrituras que convivieron en mí están reflejadas en este libro: desde la escritura vacilante del joven periodista que entrevistó a Ezequiel Martínez Estrada en Bahía Blanca hasta la del narrador que en los últimos años del siglo veinte viajó a México en busca de los recuerdos de Manuel Puig. Esos pasados reaparecen ahora intactos en estos ejercicios donde mezclé por primera vez las aguas de la literatura y del periodismo.

Aunque todos ellos fueron publicados por diarios y revistas de Buenos Aires y de Caracas, no todos obedecen las leyes de verosimilitud propias de los periódicos: el cónsul Ramos Sucre libra una batalla cuerpo a cuerpo con el intruso que ha invadido su intimidad y que asume la forma del insomnio; el poeta Saint-John Perse desaparece delante de mis ojos en el crepúsculo del mar; el novelista Guillermo Meneses habla conmigo en una casa que, al día siguiente, es otra. Esos desvíos de la realidad me parecieron naturales cuando los viví; también —creo— fueron naturales para los lectores, que nunca manifestaron extrañeza. Avanzar más allá de las convenciones de la verosimilitud me permitió advertir que, al otro lado de esa frontera, hay un lenguaje de imaginación que es igualmente verdadero. Hace tres décadas, cuando apareció este libro, esos juegos con la ficción eran inusuales. Ahora son otro lugar común.

No he introducido sino unos pocos cambios a la primera edición venezolana de 1979: cuatro textos nuevos y algunas correcciones que enumero a continuación. He actualizado la addenda al relato sobre los sobrevivientes de Hiroshima y Nagasaki que escribí en 1965. A la vez, he añadido al texto original la historia de Makiko Kada, que compuse en aquella época y que suprimí por razones que ya he olvidado. Son también nuevas las notas al pie de página en la historia sobre la matanza de indios en La Rubiera: las inserté porque algunas palabras indígenas del texto se me habían vuelto extrañas con la distancia.

Cuatro elegías se añaden —como dije— a las que ya estaban en la primera edición: una es la dedicada a José Lezama Lima, que pude completar con el aporte de las entrevistas que Margarita Sánchez hizo en La Habana; otra, en la que se evoca a José Bianco, incluye investigaciones de Cristina Fangmann; otra, más reciente, narra el doloroso eclipse de Augusto Roa Bastos, el primer amigo que tuve en mi vida de escritor, poco después de llegar a Buenos Aires; otra, en fin, recupera la historia de Manuel Puig.

Highland Park-Buenos Aires, 2008

# Eclipses



---

*El pájaro, por volar, cae en la desventura*

*HSIAO KUO, I CHING*

¿Quién nos dirá de quién, en esta casa,  
sin saberlo, nos hemos despedido?

*LÍMITES, BORGES*

## Perón sueña con la muerte

Estas fueron, una por una, las palabras que dijo el Secretario: “Yo estaba en el dormitorio cuando el General despertó sobresaltado. Me había quedado montando guardia junto a la cama, como todas las noches, con la punta de los dedos en estado de alerta. Los males que enviaba el enemigo se asomaban por la ventana y por los respiraderos del cielo raso. Bastaba un ademán de mis dedos para obligarlos a marcharse. Siempre actué como un pararrayos contra los males de afuera, pero no puedo hacer nada contra los males que el General tiene adentro de los sueños”. Dijo que lo había tocado, para imponerle sosiego: la piel del General estaba húmeda, pero había una extraña calidad en el sudor, como si perteneciera a otro cuerpo y se hubiera quedado allí por desorientación. Descubrió en su pecho la plaga de manchitas pálidas que solían brotar en las épocas de tristeza más honda, cuando el General sentía que todos lo abandonaban y que también él mismo acabaría por abandonarse. Vio el movimiento reflejo con que encendió la radio para escuchar el informativo de las siete, y el desencanto con que la había apagado al advertir que eran apenas las tres.

Dijo que el General lo había mirado con agradecimiento, como si su vida dependiera de él (y el Secretario creía, en efecto, que la menor de sus distracciones bastaría para disolver la vida del General en la nada). Había imaginado (dijo) que él volvería a quejarse de ardores en la vejiga, de la humedad que le enfriaba las articulaciones, de la pequeña llaga dejada en algún rincón de la uretra por la sonda que acababan de retirarle.

Para moderar su inquietud, había observado al General cuidadosamente: dijo que había llevado la mirada hacia los filtros de los riñones, que había medido la densidad del viento en los alvéolos pulmonares, que había acompañado a la corriente sanguínea durante un largo trecho, para oír su velocidad y su cadencia. No había encontrado señales de turbación. Pensó entonces que el General haría como siempre, un ademán de apartamiento antes de volver la cara hacia la pared: *Váyase a dormir, López*. Pero no fue así. Lo vio incorporarse en la cama con lentitud como si temiera ser deshojado por el movimiento, disimulando la demacración de la cara con una sonrisa tan falsa que parecía tallada sobre la carne viva. Sólo al cabo de un rato soltó la voz. Dijo que pocas veces la había oído salir tan tenuemente, y aún no sabía si era porque los miedos del sueño habían tardado en retirarse de la voz o porque el General, inseguro de sus fuerzas, quería mantenerla en un sitio descansado. Le confió (así dijo) que había soñado un sueño de muerte tan ajeno a todo los sueños de vida que sólo él, López Rega, con su conocimiento de los astros y el instinto de que estaba dotado para leer los designios de la noche, sabría descifrar sin equivocaciones. La declaración del General le sorprendió (así dijo) porque no creía que en un cuerpo con tan avanzada mortalidad como el suyo pudiera haber lugar para los sueños.

“Me vi suspendido en el aire —había contado el General—, pero no temía caer. Arrancaba de lo alto de los árboles unas frutas de polvo que no sabían a nada. Los pájaros me herían con los picos y las garras, pero cuando se apartaban de mí advertía que eran ellos y no yo los que perdían sangre. En el fondo de un cráter volcánico Isabel cavaba la fosa donde me enterrarían. Vi que Paladino, en el borde del cráter, devoraba una de mis piernas. Yo sentía mis dos piernas intactas en el aire, y sin embargo sabía que aquella otra pierna era también mi cuerpo, Vi a Vandor recomponer sus cenizas y ocupar, con los huesos vestidos de uniforme, un sillón que debía ser el de presidente. Todos ustedes hablaban de mi entierro en un dialecto que yo desconocía, aunque me daba cuenta por la entonación del significado de las palabras. De pronto, también yo estuve en tierra. Más bien dicho, estuvo en tierra la conciencia de que era yo, porque mi cuerpo era el de otro. Miré hacia arriba y vi que un hombre muy triste flotaba en el aire. *¿Quién es?*, pregunté asustado. *¿Nadie puede ayudarlo a bajar?* Alguien (me parece que era usted, López) respondió: *Es el pobre Perón, y no vale la pena bajarlo porque está muerto.* En es momento desperté”.

Dijo que había ido a la cocina a preparar un poco de té. Oía rumiar al General las imágenes del sueño, mudándolas de orden y barajándolas como un mazo de cartas. Lo veía (así dijo) reproducir las desconocidas palabras de Vandor, Isabel y Paladino en un dialecto innoble que no parecía humano. Al volver con las tazas, había encontrado al General anotando en su cuaderno de cabecera algunos pormenores que de pronto le parecían imprescindibles: la fulguración de un diamante en las manos de Isabel, los tirabuzones de fuego que fluían de la cabeza de Paladino y, sobre todo, las heridas que correspondían a su cuerpo pero que sin embargo aparecían sobre el cuerpo de los pájaros. *¿Qué puede ver usted, López?*, le había preguntado, *¿Son augurios buenos o malos?*

Dijo que él, López Rega, había repetido el sueño en voz alta para verificar si el movimiento de los personajes estaba influido por los movimientos del cielo. Luego de cada frase, había esperado la aprobación del General. *Así fue López, de esa manera.*

—¿Recuerda si en algún momento del sueño oyó decir que el río cabe en el océano?  
—había preguntado el Secretario.

—No. Sólo estaban hablando de mi muerte.

—Y cuando volaba, ¿nadie le dijo que se situara en el centro pero que caminara por el costado?

—Nadie —había respondido el General—. El dialecto que ustedes hablaban estaba hecho de sentidos pero no de palabras.

—Entonces el sueño no quiere decir nada —había interpretado López—. Cualquiera de esas dos frases hubiera sido un aviso de que usted estaba en peligro. Pero como nadie las pronunció, los signos de la muerte, del volcán y del aire se fueron anulando mutuamente.

Dijo que había retirado una de las dos almohadas del General, para ayudarlo a relajarse. Antes de apagar la luz, le había impuesto la mano sobre los ojos, llevándolo lentamente hacia una nada por la que no pasaban los sueños ni las turbulencias del pensamiento.

Eran las tres de la tarde. Caminábamos entre luces tan cristalinas que aún no terminábamos de dar un paso cuando ya lo sentíamos borrado. A veces, el vaho de las frituras madrileñas nos salía al encuentro, confundido con el vaho de algunas flores

prematuras. El Secretario y yo nos habíamos dado cita un par de horas antes en sus oficinas de la Gran Vía, donde administraba —“para pucherear”, dijo— un invisible negocio de importación y exportación. Apenas entré, me había ofrecido tres libros de su cosecha, dedicados “al amigo cronista cordialmente” con una letra infantil y laboriosa. La firma respiraba a duras penas dentro de una rúbrica envolvente, que se dejaba caer sobre cada letra como un párpado; al pie de la rúbrica, un fleco desprendido de la R o de la G (la caligrafía era ingenua pero a la vez confusa) estaba adornado por tres puntos en forma de triángulo. “No son los puntos de la masonería — me había explicado, curándose en salud—. Por lo contrario, permiten identificar a las personas que tienen fe en Dios y amor por el conocimiento. Observe el triángulo: está más cerrado que el de los masones”. Lo acompañé a retirar unas cartas de hotel Gran Vía, y luego a comer un bocadillo de jamón en una tasca de la calle Serrano. La tarde nos iba llevando hacia el Palacio de Oriente, donde no quise entrar porque los portales de acceso eran demasiado altos y me comunicaban malos presentimientos. Me preguntó si yo era supersticioso o si, quién sabe, había conseguido atravesar esa delgada tela de las apariencias más allá de las cuales todo es mágico. “Aún estoy del lado de acá”, le dije. “Pero debo confesarle que cuando vengo a Madrid me vuelvo supersticioso”. Recordé que ya en el primer viaje, cuatro años antes, me había marchado de la ciudad con la impresión de que por las noches bajaban legiones de sembradores a espolvorear las calles con semillas de beatos. Me atemorizaban las mujeres de luto, las tabernas con nombres de santos, el sabor a esperma de velas que tenían las verduras. Pero creo que no le confié esas aprensiones.

Los libros que me había regalado empezaban a pesarme. Nos internamos en los jardines de Sabatini y nos sentamos al fin ante la estatua de Alfonso el Sabio. López Rega completó una larga exposición sobre la era de espiritualidad que se avecinaba, en la que todos los hombres reconocerían al General como un conductor y un iluminado. Advirtió que la sociedad de consumo llegaba a su fin, y que por haberla combatido sin buscar antes la protección de las Fuerzas Inmateriales el General había perdido el poder en 1955. No volverá a ocurrir, dijo: el espíritu del General está inflamado ahora de energía electro-magnética, y sólo espera la llegada del Gran Año Planetario para emplear a fondo esa energía contra los enemigos. Leyó la incompreensión en mi cara y vi que los ojos se le endurecían. Me preguntó si dudaba de él. Le respondí que no se trataba de eso: simplemente, nos movíamos en distintas longitudes de onda.

Una mariposa amarilla se posó en la cabeza de Alfonso el Sabio. El aire de la tarde era tan diáfano que podía ver cómo la mariposa, al agitarse, perdía el polvillo de las alas.

—Por suerte para usted y para mí, el General está ahora más allá del bien y del mal —le oí decir—. Es puro espíritu.

—Tal vez por eso tiene sueños tan difíciles de interpretar —le insinué, apuntando hacia algún blanco oculto de su omnipotencia.

—El General no tiene sueños sino visiones —declaró con cierta solemnidad—. Ya no está en condiciones de soñar. Hace cinco años, poco después de mi llegada a Madrid, le hicieron una operación muy delicada. El corazón estaba débil y no pudo resistir. Murió. Los médicos iban a dar el anuncio de la muerte cuando yo los detuve: concédanme solamente media hora, les dije. Total, ya no hay nada que perder. Me encerré en el quirófano, a solas con el General y lo llamé por su nombre astral. Al

tercer llamado, resucitó. Ahora es mi energía cósmica la que lo mantiene vivo.

—¿Y el General lo sabe?

—Lo intuye —dijo—. Cuando lo sepa verdaderamente, ya no habrá modo de salvarlo. Morirá para toda la eternidad.

Una línea de brisa desbarató el aire (fue algo más ligero que la brisa: su reverberación o su sombra). La mariposa levantó vuelo y se perdió en las lejanías del Manzanares.

—Hay algo que no sé ver claro —dije—: esas frases que el General no oyó en el sueño y que hubieran sido un mal presagio. ¿De dónde las sacó, López?

—Son oraciones egipcias, del Libro de los Muertos —inventó—. Pero esas frases o cualquier otra hubieran dado lo mismo. Las dije para que el General se quedara pensando en ellas y las metiera dentro de sus visiones. Un día me llamará, me dirá que las oyó, y volveré a explicarle que son un aviso de peligro.

—¿Qué ganará con eso? —le pregunté.

—Yo, nada. No estoy al lado del General para ganar o perder. Pero el Movimiento sí saldrá ganando. El General se pondrá a averiguar de dónde viene el peligro, y cuando lo sepa, rodará la cabeza de algún traidor.

(1970)

## Cae la noche en Southampton

A nadie parecía importarle aquella muerte. Cuando el cortejo fúnebre salió de la iglesia católica de Saint-Joseph, en Bugle Street —después de un responso que duró doce minutos—, el alcalde de Southampton estaba en los muelles del río Test, apadrinando la botadura de una fragata, y una cuadrilla de peones demolía el primer piso del hotel Windsor, donde el difunto había vivido su primer año de exilio. Era el 15 de marzo de 1877, y el *Southampton Times & Hampshire Express* (que dedicaba treinta y dos líneas en su edición del día a trazar una indiferente semblanza de Juan Manuel de Rosas) anunciaba para el anochecer una tormenta que avanzaba desde Escocia y amenazaba con interrumpir la adelantada primavera de la costa.

El cortejo se desvió lentamente hacia la catedral normanda de Saint-Michael, alcanzó la Calle Mayor y siguió rumbo al norte, entre las tiendas de comestibles del East Park. En un carruaje descubierto —“un landó reformado para las aventuras funerarias”, según narra Elsie Sandell, la historiadora oficial de la ciudad— iba el ataúd de roble, cubierto por una bandera argentina. Detrás, en el pequeño *brougham* que la Compañía de Entierros de Hampshire había puesto a disposición de los deudos, viajaban Manuela Rosas de Terrero, hija del muerto; Augusta Cordon, hermana del héroe de la campaña de China, y Elizabeth Adams, un ama de llaves que servía a Manuela desde su casamiento, en 1852. Las escoltaban quince jinetes, con las monturas tocadas por crespones; dos de ellos se acercaban a intervalos a las ventanillas del *brougham* y hablaban con las mujeres: eran Máximo Manuel y Rodrigo Thomas Terrero, de 20 y 19 años, nietos de Rosas.

El grupo dobló por Carlton Crescent y se detuvo un minuto ante la mansión de Rockstone Place que había servido de refugio al brigadier general durante más de una década. Cuenta Elsie Sandell que la señorita Gordon, abrumada por la jaqueca, aprovechó el respiro para abandonar el cortejo y quedarse en la casa (marcada con el N° 5) donde su hermano la había dejado sola, al marcharse a El Cairo y a Jartum. Luego, los cocheros apuraron la marcha, tomaron la carretera de Londres y enfilaron hacia el Cementerio Común, donde una fosa esperaba abierta desde las 9 de la mañana.

A partir de ese momento, los archivos difieren en los detalles: el *Hampshire Echo* informa que un capellán tomó la bandera que abrazaba el féretro, la roció con agua bendita y la entregó a Manuela; la señora Sandell asegura que la bandera descendió a la fosa y que Máximo Manuel depositó sobre ella el sable corvo de las campañas de la Independencia que José de San Martín le había regalado a su abuelo. Pero la tumba sigue emplazada en el mismo sitio, cincuenta metros a la derecha de las verjas de entrada, en las que alguien forjó, dos siglos atrás, las rosas de los Lancaster y de los York.

De otras mudanzas se han alimentado los años, sin embargo: a partir de 1880 empezó a crecer en torno de la sepultura el cementerio judío de la ciudad; Rosas descansa ahora en un vértice franqueado por lápidas con inscripciones hebreas, apenas separado de ellas por un cerco bajo y espinoso. Sobre el antiguo túmulo fue erigido en 1938 un pedestal de mármol rojizo, coronado por una cruz. La cara frontal del monumento recuerda al brigadier general, “nacido en Buenos Aires el 30 de marzo de 1793, llegado a Inglaterra en 1852 y muerto en Southampton el 14 de marzo de 1877”. Debajo de esa leyenda hay otra que conmemora a Manuela, “1a amante hija”. Detrás está Máximo, el yerno; hacia la izquierda, Rodrigo Thomas, que sobrevivió 60 años al abuelo. Un castaño de las Indias, ya despojado de follaje por el otoño, deja caer sus ramitas secas sobre el mausoleo y la balaustrada que lo circunda. Separada de sus amos por un par de cruces celtas, yace “la fiel Elizabeth Adams”. Treinta pasos hacia el norte, de espaldas a la capilla anglicana, asoma la sepultura de Manuel Máximo, “muerto en 1926 y nieto del ex dictador de la Argentina” (sic).

El guardián del cementerio, George Everton, ha visto detenerse ante el sepulcro “a no más de un centenar de visitantes, en los últimos cinco años”. Ruby, su mujer, y su hijo Raúl —que aprendió a leer debajo del castaño— suelen tropezar los 14 de marzo con ramos de flores silvestres, “que alguien deja caer detrás de la balaustrada”. “Sólo eso: flores —dice Everton—. No han molestado a estos difuntos con servicios religiosos ni placas de homenaje. Los descendientes, o tal vez la embajada argentina, entregan al señor Charles Ray, residente de Southampton, los fondos necesarios para la limpieza y la pintura de los hierros”.

Sobran también los dedos de una mano para contar a los que oyeron hablar de Rosas en la ciudad o pueden reconstruir la historia de su exilio. Entre un festón de murallas romanas, recostada sobre diques y astilleros, sin la menor cicatriz de los bombardeos que la asolaron durante la Segunda Guerra, esta Southampton de 280 mil habitantes prefiere reservar su memoria para las efemérides inglesas. Apenas once líneas de una guía que se exhibe en la Torre de la Casa de Dios y en el Museo Tudor rescatan del silencio “al general excéntrico, que gobernó el Río de la Plata con increíble severidad y vino a refugiarse en estas playas, con su esposa (sic)\* y su hija”. Hay otros empolvados infolios que aluden a Rosas en la Sala de Referencias de la biblioteca pública, pero el regente Alfred Morton cree estar seguro de que “nadie vino aquí para examinarlos”.

Las fugas que preceden a los exilios políticos suelen comenzar de un mismo modo en estas latitudes; también son idénticas las escaramuzas del retorno, la soledad, las melancolías. Juan Manuel de Rosas no escapó a esos azares: su aventura final nació de una derrota, la de Caseros, el 3 de febrero de 1852. Aquella tarde, hacia las 3, se refugió en casa de Robert Gore, encargado de negocios inglés (Bolívar entre México y Venezuela), y mandó llamar a su hija Manuela, que había quedado en la quinta de Palermo. Con uno de los dedos heridos (el pulgar de la mano derecha), Rosas se quitó el poncho de su asistente, vistió de negro, y al filo de la medianoche embarcó junto a Manuela en la fragata de guerra *Centaur*. El 7, ambos fueron transbordados al vapor *Conflict* y zarparon hacia Inglaterra, mientras desvelaban a Buenos Aires las fiestas y los juicios sumarios.

La travesía del Atlántico fue retardada por la explosión de una caldera al salir del puerto de Santos: Máximo Terrero, el novio de Manuela, pudo así adelantarse al *Conflict* y esperar su llegada en Plymouth. El vapor atracó a fines de abril, entre sones militares y saludos oficiales. La recepción jubilosa al dictador caído provocó una interpelación en la Cámara de los Lores que fue zanjada por el duque de Northumberland, jefe del gabinete, cuyos elogios a la política exterior de Rosas acallaron toda protesta. El 19 de mayo, los emigrados partieron en diligencia hacia Southampton y se alojaron en los hoteles Dolphin y Windsor. Tardarían dos años en descender sobre ellos las traiciones y las desgracias.

Trece días después de la fuga, Vicente López y Planes —gobernador provisional de Buenos Aires— ordenó la confiscación de los bienes de Rosas, para “resarcir al Estado de las malversaciones” en que habría incurrido. Las protestas de Juan N. Terrero —apoderado del fugitivo— fueron al fin oídas el 7 de agosto, cuando el propio Justo José de Urquiza, recién ungido director de la Confederación, anuló el decreto de López. La contramarcha fue providencial para Rosas, que había llevado consigo sólo 900 pesos fuertes, recogidos por Manuelita de las gavetas de Palermo, y que los había gastado casi por completo durante el viaje y los dos primeros meses de estada.

Pero los remolinos históricos no concedieron sino un corto respiro a los amigos del viejo brigadier general. El 11 de septiembre, cuando Terrero acababa de vender la estancia San Martín (en La Matanza) y de enviar a Inglaterra los cien mil patacones que le pagaron, estalló en Buenos Aires la revuelta separatista contra la hegemonía de Urquiza, y la nueva Legislatura declaró que no iba a reconocer ningún acto del Congreso Nacional.

Quedaron interrumpidas las conversaciones para liquidar la finca La Blanqueada, en Belgrano, y los predios de Palermo. Pero aquel único golpe de oxígeno le bastó al desterrado: arrendó la granja de Willis Fleming, en la región de Swaythling, y se dispuso a recomenzar.

Los nudos de la vida y de la muerte comienzan a mezclarse en estos días vertiginosos, porque será allí, en Swaythling, donde sucumbirá dentro de 25 años, y porque el alquiler del fundo coincide —o casi— con el casamiento de Manuelita y Máximo Terrero en la iglesia de Saint-Joseph, la misma en que rezarán el último responso para el dictador.

La espléndida cúpula neogótica de Saint-Joseph, que Augustus Pugin había diseñado en 1792, cayó desmembrada siglo y medio más tarde, durante una incursión de bombarderos alemanes. Los vitrales que vieron entrar a la ajada Manuela el 23 de octubre de 1852, vestida de raso blanco, sin padre ni amigos que la acompañasen, han sido sustituidos por cristales de monótono color celeste. A treinta metros de Saint-Joseph, sobre la calle Bugle, sobrevive la mansión Tudor donde durmió Henry V. Otros vestigios normandos de los alrededores han quedado también en pie. Sólo los rastros de Manuela han desaparecido del lugar: el párroco John Francis, sin archivos que lo auxilien, niega que Saint-Joseph esté asistido por otra historia que la de su secular emplazamiento. No sabe quién es Rosas, no le importa que lo hayan velado allí durante casi 24 horas, en marzo de 1877; no quiere saber, tampoco, que sobre las mismas losas del atrio —las pocas losas salvadas de la guerra—, la hija del dictador



desobedeció por primera vez a su padre, a los 36 años, y se casó sin que él lo consintiera ni aceptara verla.

De otras enfermedades —más incurables que la rebelión filial— se quejaba el brigadier en aquellos meses: lo atormentaba el encierro en el Windsor, lo disgustaban las ocasionales visitas que recibía (Nicolás y Juan Anchorena en noviembre), la lejanía de la pampa, el minúsculo horizonte donde se frenaba su mirada. Trataba de reinventar la vieja vida cabalgando hacia los campos. “Hay en este condado una floresta completamente desierta —escribe en una carta que cita Carlos Ibarguren—. Tiene como diez leguas de longitud y como ocho de ancho. Abundan en ella los ciervos, liebres, pájaros y toda clase de caza. Sus arroyos, pastos y árboles son deliciosos. Allí, en esas inalterables soledades y en ese no interrumpido silencio, encuentro mis únicas distracciones, como que mi vida es completamente privada”.

Hacia la mitad de su primer invierno europeo abandona el hotel y se traslada a Rockstone Place. Ni los minuciosos archivos de la biblioteca pública, ni los apuntes de Elsie Sandell, ni siquiera la prodigiosa erudición del párroco de Saint-Edmund —una iglesia católica erigida en la vecindad a fines de la era victoriana— aportan los datos necesarios para dirimir si la casa correspondió al número 3 o al 7, o bien estuvo al otro extremo de la rotonda, frente a Carlton Crescent, como sugiere el regente Morton.

Del diario escrito por un notable de la ciudad, la señora Sandell ha rescatado la noticia de que “el general Rosas y el joven oficial Charles George Gordon, que viven en casas vecinas de esta misma calle, me invitaron ayer (el 7 de enero de 1859) a tomar el té en el domicilio del segundo, tratándose de una velada agradable en la que la señorita Augusta Gordon nos sirvió bizcochos de miel preparados por ella”. Aquel único indicio (y la presencia de Augusta en las exequias) parece reforzar la tesis de que el desterrado argentino habitó a la izquierda o a la derecha del N° 5. Pero no hay la menor señal ni memoria que conduzca al sitio preciso; tampoco sobrevive ningún recuerdo de las conversaciones entre los dos soldados. Gordon tenía entonces 26 años y había vuelto hacía dos de una corta campaña en la India: no era aún el célebre Chinese que iba a desatar la admiración del emperador y a retornar convertido en místico, a fines de 1865, cuando ya Rosas se había recluso en Swaythling. Es probable que el ex dictador concediera a su vecino sólo una atención paternal; es probable, también, que Gordon sólo le deslizara su cortesía, porque ¿cómo explicar, de otro modo, que no quedaran huellas de esa amistad en la correspondencia de uno y otro?

Por aquellos días las catástrofes cercaban a Rosas. En diciembre de 1853, el gobierno de Buenos Aires eleva a los legisladores una nota en la que reclama la apertura de un juicio contra el exiliado y la autorización para disponer de sus bienes. Rosas contesta inmediatamente: “En veinte años que la prensa del mundo sirvió a mis enemigos —dice en una carta citada por Adolfo Saldías—, a nadie se le ocurrió imputarme el cargo de robador del tesoro público, porque nadie podía ni puede comprobarme este cargo sin ser desmentido por los documentos fehacientes que acreditan lo contrario. ¿Debía comparecer en juicio para defenderme? ¿Podía hacerlo ante los que arrogándose además una competencia que nadie les ha atribuido daban muestras del espíritu que los animaba? Me limité a suplicar, aun a reclamar por la restitución de mis bienes. Pero esta petición no mereció resolución alguna. En tal situación, no me queda otro arbitrio que el que las leyes acuerdan al que, en mi caso,

no puede defenderse, ni tiene jueces competentes ante quien deba ventilar sus derechos”. El remate de sus posesiones se consuma, sin embargo. El gobernador Alsina ordena la división y venta en lotes de la estancia La Blanqueada, en Belgrano; los campos de Palermo son convertidos en paseo público.

Desde Paraná, Urquiza envía a Southampton una carta de consuelo: “Creo que V. no debe perder la esperanza de que sus conciudadanos vuelvan sobre esos actos que son la expresión de la venganza y de los odios mezquinos” (28 de agosto de 1858; citada por Saldías). Ya es tarde: Rosas ha sido condenado a muerte con calidad de alevé. Urquiza se ha retirado de Buenos Aires sin usufructuar su victoria en Cepeda, y Manuelita —para colmo— abandona al padre, marchándose hacia Londres con el marido y los hijos.

La vejez desgarró al dictador al mismo tiempo que el infortunio. Se han terminado las visitas anuales de lord Palmerston —el primer ministro de la Corona—, las cacerías del zorro y los paseos “con otros caballeros aficionados a estas diversiones”. Ha fracasado también —sin que jamás se hayan aclarado las razones— el retorno a la Argentina en un barco de vela, que debía llegar al estrecho de Magallanes por el Pacífico y encontrarse con otra nave salida de Montevideo, hasta desembarcar en Quequén y retomar el poder por sorpresa. Rosas se ha acostumbrado ya a la soledad y al fracaso; a partir de 1859 tendrá, a la vez, que habituarse a la miseria.

Hasta 1864, el dictador alternó sus días entre la casa de Rockstone Place y la granja de Burgess, en Swaythling —unos diez kilómetros al norte de la ciudad, sobre la carretera de Londres—. El casco de la finca estaba casi derruido cuando Rosas tomó la decisión de arrendarla. Empleó parte de los cien mil patacones enviados por Terrero en techar la casa de nuevo y en levantar tres ranchos a su alrededor, para que asumiera el aspecto de una estancia bonaerense. Construyó corrales, galpones y bebederos, plantó robles y castaños, compró vacas, gallinas, caballos y cerdos, sembró algunas hortalizas. Eran 50 hectáreas en total, pero le bastaban para sentir cierto perfume de resurrección dentro de su cuerpo.

Hacia 1862, sin embargo, la fortuna se le había esfumado casi por completo. A 130 kilómetros de Londres, donde vivían Manuela y sus nietos, y negándose a visitarla, se entregó a “la prisión de mis pensamientos” (como insisten las cartas de aquellos meses) y a largas cabalgatas solitarias por las mañanas. A principios de 1864, la falta de dinero para el pago del arriendo lo desesperó. En una patética carta a Urquiza se zafa para siempre de su obstinado orgullo: “Me encuentro ya precisamente obligado a salir de esta casa —la de Rockstone, escribe—, a dejarlo todo, pagar algo de lo que debo y reducirme a vivir en la miseria. Y en tal estado, si Vuestra Excelencia puede hacer algo en mi favor, es llegado el tiempo de admitir las generosas ofertas de Vuestra Excelencia para sacarme o aliviarme en tan amarga y difícil situación. No poco me cuesta molestar a Vuestra Excelencia con pedido de tal naturaleza, pero mi caso, tan claro y notorio, me impone llamar en mi auxilio por asistencia, pues creo que debo, hasta a mi patria, no perdonar medio alguno permitido a un hombre de mi clase para no parecer ante el extranjero en estado de indigencia, quien nada hizo para merecerla”.

En abril, Urquiza le envía mil libras esterlinas; a fines de aquel año aciago, Manuelita lo auxilia con otras 250 libras. Burgess Farm lo devora, sin embargo. El

viejo dictador procura doblegar a la desdicha despidiendo a la mitad de sus peones y sometándose él mismo a los trabajos más rudos. Durante las épocas de siembra, entre 1867 y 1869, duerme tres o cuatro horas por día.

No queda nadie en Southampton que recuerde esa historia. Toda señal de la finca se ha esfumado. W. H. Matcham, que la compró a la familia Fleming al terminar la Gran Guerra, resolvió demolerla en 1926. Ahora, en el cruce entre la calle Burgess y Langhorn Road, se alza una veintena de casitas de dos plantas, ocupadas por pequeños burgueses. A la derecha, sobre la franja de terreno donde estuvo emplazado el casco (en cuyo primer piso murió Rosas), vive Charles Spencer Smith, segundo cajero del Banco Lloyd, con su mujer y sus tres hijos. Al frente, donde se desparramaban las casas de la peonada, habitan los Ryan y los Petticoat, empleados del municipio y de los astilleros. Jamás habían oído mencionar a Rosas hasta que un argentino golpeó a sus puertas para indagar si conocían su desventura. Sólo Lewis Ellis, un maníaco de las palabras cruzadas que atiende la estación de servicio Shell, al final de Langhorn Road, identificó el apellido Rosas como “correspondiente a un hombre que degollaba a sus enemigos en el Perú”. Algún perdido crucigrama inglés es, seguramente, el culpable de esa confusión geográfica.

Ajeno a los combates en el Paraguay, despreocupado tal vez por el ascenso de Sarmiento al poder —porque en aquellos años los tumultos de la patria le parecían, seguramente, una invencible cabeza de hidra—, Rosas despierta de la miseria para lanzar una imprecación, la última, contra el asesinato de Urquiza en el Palacio San José: “Ya le había dicho yo —escribe en mayo de 1870, un mes después del crimen— que su vida y su fortuna no estaban seguras si permanecía en la provincia entrerriana”.

Pero ya no tiene fuerzas para los combates políticos: cada día la pobreza le muerde un poco más el corazón. Una carta a doña Josefa Gómez, que data de septiembre de 1866, lo describe en el último resto de su esplendor: “Estoy más derecho, mucho más delgado y más ágil que cuando usted me vio la última vez. No me cambio por el hombre más fuerte para el trabajo, y hago aquí, sobre el caballo, lo que no pueden hacer ni aun los mozos (...) No estoy completamente calvo, ni aun calvo. Me falta un poco de pelo al frente. Las patillas que uso, del todo blancas, son las mismas casi con que vine el 52. Eso de las barbas como de cinco a seis días es cierto, pues que, por economía, solamente me afeito cada ocho días. Y por la misma necesidad de economizar lo posible, no fumo, ni tomo vino, ni licor de clase alguna. Ni tomo rapé, ni algo de entretenimiento. Mi comida es la más pobre en todo (...) Nunca uso zapatos. Lo que siempre he usado y uso son botas. No es cierto que me titule S. E. el Capitán General. No me nombro de otro modo sino Juan Manuel Ortiz de Rozas y López. Cierto es que dije que no recibía visitas ni las hacía, por no tener recursos ni tiempo para ello”.

Cinco años más tarde iba a privarse también de escribir cartas, y su único goce serían “dos caballos en los que ando diariamente, y el campo en que distraerme”. Sólo con Manuela y su yerno se desahogaba de vez en cuando. “Ni yo mismo puedo sufrirme”, explica en 1875. Y al año siguiente: “Las gallinas se acabaron, las he comido. Aún he conservado tres lecheras. La mora, que decían no daba suficiente leche. Y la otra, que parecía flaca y ahora está más gorda, nunca ha dado más leche”.

Ya en los últimos meses de 1869 el viejo dictador parecía haberse desvanecido en el aire de Southampton. Según Elsie Sandell, el nombre de Rosas no se desliza más en

ningún documento de la ciudad, en ninguna factura comercial, en los registros de las boticas o en las listas de enfermos del *Southampton Times*. Ni siquiera en los 63 diarios íntimos que la señora Sandell ha preservado de la destrucción asoma la más leve frase sobre “el exiliado de Swaythling”. “Seguramente no compró camisas, ni botas, ni comió otra comida que la proporcionada por su chacra”, conjetura la historiadora. “Sentía tanto amor por la tierra que se dejó tragar voluntariamente por ella”.

Un viento final lo agitará, sin embargo, en el otoño de 1876, cuando le escribe a Manuela: “Mi muy querida hija, triste siento decirte que las vacas ya no están en este *farm*. Dios sabe lo que dispone y el placer que sentía al verlas en el campo, llamarme, ir a mi carruaje a recibir alguna ración cariñosa por mis manos, y en enviar a ustedes la manteca. Las he vendido por 27 libras y si más hubiera esperado, menos hubieran ofrecido”.

No lanzó al aire otras señales de humo: el 10 de marzo de 1877, al atardecer, salió de la casa para vigilar el encierro de un par de ovejas. Cuando volvió e intentó acostarse, un ataque de tos lo dobló durante media hora. A medianoche, vencido por la fiebre, hizo llamar a su vecino, el doctor John Wibblin, que lo había asistido un par de veces. Le diagnosticaron congestión pulmonar. Wibblin envió un telegrama a Manuelita, instándola a que viajara cuanto antes desde Londres. El 13 a la mañana, cuando la hija y los dos nietos llegaron, la temperatura había subido a los 41 grados y los golpes de tos se convirtieron en vómitos de sangre. Por la tarde, la fatiga y la fiebre empezaron a disiparse. Manuela durmió a su lado, sin soltarle las manos, y cuando despertó, en la madrugada del 14, lo descubrió despierto, con los ojos vueltos hacia la luz que entraba por la ventana. “¿Cómo sigue, tatita?” le preguntó. “No sé, niña”, dijo el general. Y respiró profundamente, por última vez.

A veinticinco pasos de su tumba, en el cementerio común de Southampton, una lápida mohosa deja leer esta inscripción: “Alice. Muerta a los 20 años”. Debajo, en caracteres pequeños, crece un verso de Shakespeare: “Perduraré donde más alienta el aliento: es decir, en los labios de los hombres”. El epitafio es perfecto. Alude a un personaje que está más allá de los bienes y los males del mundo, de las rencillas sobre sus actos, de las polvaredas que levanta su memoria. A Juan Manuel de Rosas, que era parco en palabras, esa forma de la inmortalidad no le hubiera disgustado. Porque en la frase de Shakespeare no se elogia el verbo, sino el aliento que lo sostiene.

(1969)

---

\* Encarnación Ezcurra, la mujer de Rosas, había muerto el 20 de octubre de 1838.